



# El cambio

**E.M.E.**

**Seudónimo: Sullivan**

**Finalista al Premio de narrativa breve**

**Lorenzo Silva**

**Mayo 2017**

El sonido de la alarma la despertó. Empezaba otro horrible día para Violeta. Llevaba la misma rutina desde hacía ya tiempo así que, hoy no tenía por qué cambiar nada. No tardó en vestirse y salir de casa para coger el autobús. Esperó un rato sentada hasta que por fin llegó. Mientras miraba por la ventanilla, sacó su Mp3 y se aisló del mundo con su música, como tantas otras veces había hecho. Era su refugio, un segundo hogar en el que podía dejarse llevar y olvidarlo todo. En la tercera parada, Violeta se levantó. Lo primero que hizo al bajar, fue correr hacia el cuarto de baño. Allí cogió papel y lo empapó con agua. Se dirigió a su clase con rapidez y al llegar se sentó en su sitio, al fondo. No necesitó bajar la vista para saber lo que estaba escrito. Palabras como “Bruja” o “¡Muérete!” llevaban acompañándola desde el primer momento en que pisó el instituto.

El acoso que sufría, empezó como un juego. Algunos compañeros de su clase se divertían burlándose de ella. Habían encontrado un juguete perfecto. Ya fuera por su aspecto, su forma de vestir, sus gustos o incluso su mera presencia, siempre había alguien dispuesto a odiarla. Jugaban con los sentimientos de Violeta y no se arrepentían. La marginaban o le hacían el vacío cuando querían. Siempre encontraban algo nuevo con lo que poder fastidiarla. Nunca habían llegado a conocer a Violeta o nunca quisieron intentarlo.

Violeta lo limpió todo como mejor pudo y tiró el papel a la basura. Se volvió a instalar en su pupitre y colocó todas sus cosas en la mesa. Los alumnos llegaron en grupos y se fueron sentando uno por uno. La clase empezó con normalidad. Todos estaban tomando apuntes y memorizando lo fundamental para los exámenes siguientes. Todo iba bastante bien hasta que la primera bola de papel cayó a los pies de Violeta. No se molestó en cogerlo ya que sabía que se iba a encontrar con más burlas e insultos. Se giró para fulminar con la mirada a Fabián, pero justo en ese momento un trozo de goma cruzó el corto espacio que los separaba y aterrizó en su ojo. Eso hizo que Fabián se riera a carcajadas con su grupo.

Como odiaba a ese chico. Él fue uno de los primeros en molestar a Violeta. Fue él el que inició todo aquello. Fue él el que llenó de obstáculos su estancia en el centro. Muchas veces, Violeta deseaba que aquel chico nunca hubiera existido. Lo detestaba.

Más papeles, esta vez mojados, pasaron cerca de su cabeza unas cuantas veces. Cuando las clases de la mañana terminaron, todos salieron al patio, excepto Violeta que prefirió quedarse allí. Aprovechó para repasar las siguientes materias mientras se quitaba lo que había llegado a parar a su pelo.

Violeta se pasó la siguiente hora dibujando y garabateando en su cuaderno, sin prestar atención a lo que la profesora decía.

Dibujar era otra de las pocas vías de escape que tenía Violeta para desahogarse. Era libre de manchar un papel en blanco para convertirlo en lo que ella quisiera. Podía darle una imagen a su odio contra Fabián y por una vez sería

ella la que lo controlara todo con un simple lápiz. Era una especie de soberana que hacía lo que le apetecía con un gesto rápido.

Estaba tan absorta en su mundo que no se dio cuenta de que la campana había sonado y todos estaban abandonando la sala. Esto le dio a Fabián la oportunidad de cogerle el folio a Violeta, romperlo en mil pedazos y esparcirlo a su alrededor como si fuera confeti. Se alejó con sus amigos dejando a Violeta completamente sola. Esta, recogió los restos de su dibujo, los restos de su pequeña libertad. Se notó los ojos húmedos y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas rojas e hinchadas. Se secó rápidamente con la manga. No podía dejar que la vieran así. Salió del aula y fue a dejar sus libros en la taquilla. Por el pasillo notó como le tiraban del pelo y se reían por lo bajo. A duras penas llegó hasta su taquilla.

Después de depositar su material, se dirigió al comedor para después volver a casa. “Volver a casa” pensó. Por fin tendría paz y tranquilidad para ella sola. Esperó su turno para coger la bandeja. Se sentó en una de las mesas más alejadas. Quería estar lo más apartada posible. No tenía apetito, la escena de antes le había dejado el estómago revuelto, así que no llegó a probar prácticamente nada del plato. Mientras le daba vueltas y vueltas a la comida, levantó la vista y descubrió a Paloma observándola. Esta bajó la cabeza avergonzada y siguió comiendo.

Paloma era antes su amiga, mejor amiga tal vez. Vivían muy cerca la una de la otra y siempre quedaban. Se llevaban muy bien hasta que Paloma ya no fue a visitarla más. En cambio, en el colegio Paloma no se juntaba con Violeta. Probablemente porque no le gustaba que la vieran con ella o porque podrían empezar a causarle los mismos problemas que a ella. “En todo caso, hace bien” pensó Violeta.

Decidió no prestarle más atención y siguió mareando su plato mientras pensaba qué podría hacer mañana para que la dejaran en paz. Podría hacer pellas. No era algo de su estilo, pero era lo único que podía hacer de momento. Lo guardaría en secreto y volvería a casa a la misma hora de siempre.

Cuando se cansó de darle vueltas al asunto, se levantó y fue a dejar su bandeja. Antes de poder depositarla, alguien la golpeó por detrás. Toda la comida voló hasta la sudadera azul de Violeta y el plato se estrelló contra el suelo haciendo un ruido de cristales rotos. Al principio, todo fueron murmullos que después, se convirtieron en risas y gritos acompañados de aplausos y dedos que la señalaban a ella. Vio a Paloma, que la miraba con una mezcla de tristeza y compasión, pero también vio a Fabián que se pasaba el dedo índice por la garganta mientras vocalizaba “muérete de vergüenza”. Violeta no aguantó más, salió corriendo de allí. Cogió su mochila y desapareció de aquel horroroso lugar.

Mientras caminaba, su cara se llenaba de lágrimas que hasta ahora no había querido mostrar. Se estaba derrumbando poco a poco. Habían conseguido lo que querían, humillarla en público. Pensó que, a lo mejor, lo que le decían era cierto, que todos estarían mejor si ella no existiera. Podía hacerlo, podía dejar aquel estúpido mundo en el que vivía y poder descansar eternamente.

Alejó ese pensamiento de su cabeza y lloró cada vez más fuerte. ¿Cómo podía llegar hasta el punto de querer quitarse la vida? Cogió su Mp3 de nuevo y puso el volumen al máximo para no pensar más en lo que le había pasado.

Cuando llegó a su casa, dejó su mochila en la entrada y pasó a la cocina. No había nadie en casa. Subió las escaleras y se encerró en el baño. Estuvo largo rato mirándose al espejo. Tenía las mejillas húmedas y los ojos hinchados.

Violeta era una chica guapa, aunque le hubieran hecho creer que ella era un monstruo y no debía estar allí. A causa de los insultos, Violeta había perdido mucho peso y se le notaba en la cara. También había cambiado moralmente. Ya no era la misma niña que era antes. Nunca se reía ni sonreía, había perdido la alegría que tanto la caracterizaba. Ahora, vestía prendas oscuras para no destacar, se peinaba de manera que no se le viera una parte de la cara y siempre estaba seria.

Salió del baño y entró en su habitación. Se sentó en la cama y empezó a pensar. ¿Qué podía hacer? Definitivamente, mañana se saltaría las clases, no tenía ganas de pasar por lo mismo otra vez. Sacó unos cuantos folios del cajón y unos lápices. Empezó coloreando todo el papel de negro y al terminar, cogió una cera blanca y dibujó la figura de una chica. Así era como se sentía, atrapada en un mar de oscuridad y odio. Después, con un brillo de amargura en los ojos, hizo una bola con el papel y lo tiró. Se tumbó en la cama y jugueteó un rato con el móvil hasta que oyó un ruido de coche.

Su madre había llegado bastante antes de lo normal. La puerta de la casa se abrió y la voz de su madre retumbó por la casa gritando su nombre. Violeta bajó corriendo, preguntándose el porqué de ese escándalo. En cuanto su madre la vio, se lanzó a darle un abrazo y cuando la soltó la miró a los ojos. Los tenía llorosos. Violeta abrió la boca para preguntar, pero antes de que pudiera decir nada, su madre le dijo:

- ¿Por qué no me has dicho nunca nada? Lo sé todo.

Violeta no entendía nada de lo que su madre le estaba diciendo. Su madre la llevó al salón y se sentaron en el sillón. Le dijo que sabía todo lo que le había pasado en el colegio. Violeta abrió mucho los ojos. ¿Cómo podía saberlo? ¿Quién se lo había contado?

Después de muchos llantos, abrazos y disculpas, su madre le contó cómo había llegado a saberlo todo.

Paloma había llamado no mucho después de que ella se fuera. Le había explicado a su madre el problema que tenía con Fabián. Se lo había contado todo con pelos y señales, sin saltarse ningún detalle. También le dijo que se sentía culpable por no haber hecho nada antes y le pedía perdón a Violeta.

Esa noche Violeta no pudo dormir. Estaba nerviosa por lo que podría ocurrir. A la mañana siguiente, cuando se despertó eran las once. Bajó a la cocina y se encontró a su madre con un montón de papeleo. Supuso que era algo del trabajo

así que no la interrumpió. Desayunó tranquilamente, sin preocuparse por nada. Por fin tenía la tranquilidad que tanto había deseado. Al terminar su madre la llamó. Se sorprendió al ver a su madre con una sonrisa de oreja a oreja. Más tarde descubrió que esos papeles no tenían nada que ver con el trabajo de su madre.

En realidad, eran para hacer el cambio al nuevo instituto al que iba a ir. Al parecer, su madre también había puesto una denuncia al centro.

Habían pasado los días volando y todo fue cambiando poco a poco. Había llegado el gran día. Iba a ir a su nuevo instituto. Por un lado, estaba emocionada y nerviosa, pero por otro, no le hacía ninguna ilusión ir. ¿Y si le pasaba lo mismo otra vez? Tenía miedo de que eso ocurriera. Ya en el coche, se mordía las uñas con nerviosismo. Su madre intentaba tranquilizarla con algún que otro chiste tonto, pero no daba resultado.

Cuando llegaron, Violeta se fijó en los grupos de chicos y chicas que había por todos lados. Los nervios la invadieron de nuevo. ¿Y si no encajaba? ¿Y si la rechazaban? Cruzó la gran puerta mientras se despedía de su madre con un nudo en la garganta. “No me dejes sola” pensaba. Sus temores se avivaron cuando un grupo de chicas y chicos se acercaron a ella preguntándole si ella era la nueva. Parecía que su llegada había sido el tema principal de aquellos alumnos los últimos días. La vergüenza se apoderó de ella e intentó apartarse de ellas.

Cuando pudo darles esquinazo se sentó en uno de los bancos para tranquilizarse. Su llegada estaba siendo un poco difícil. Cerró los ojos y respiró profundamente. Cuando los volvió a abrir una chica se había sentado a su lado.

Empezaron a hablar, fue entonces cuando Violeta supo que nada iba a salir tan mal como lo había imaginado. Sonrió como hacía antes y se alegró de haber podido empezar de cero, empezar de nuevo una vida llena de posibilidades.

Violeta sabía que tardaría en olvidar su pasado, pero también sabía que un nuevo futuro la estaba esperando.